

médico para los hijos y de que ambos padres motivaron a los niños Melo Ripoll a tocar el piano, cantar o bailar, al final se dedicó a las letras en los años venideros... y fue desheredado, según cuenta.

Apenas 61 páginas (incluyendo el prólogo), sin segmentos y escritas desde la sinceridad, conforman este texto, muy breve. ¿Qué puede decir una persona de 34 años sobre su vida? Quizá convenga leer esta obra en consonancia con las autobiografías precoces de Pitol, Elizondo (muy notable), José Agustín, García Ponce, Monsiváis, entre otros, para averiguar la manera en la que se crearon también a sí mismos cuando rondaban la misma edad.

El hecho de ser precoz sólo puede poner en evidencia un aspecto de la autobiografía: es necesario que el personaje acabe el círculo de su existencia para poder crearse en su totalidad. El propio Melo lo percibe: “las autobiografías deben escribirse cuando el destino ha sido plenamente cumplido –y entonces puede hablarse ya de vida, de mito”.

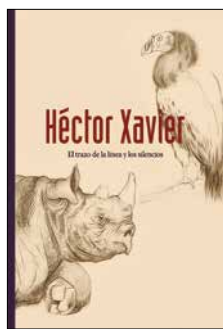
Aunque el mito no esté creado para 1966, la prosa del escritor, aun para hablar de su vida, apunta esencialmente a una ficción. Al final de su texto decide, mejor, hablar de su literatura: “en mis cuentos –y en la novela que actualmente preparo– todo ha sucedido, el tiempo está detenido, y los personajes sólo viven un determinado instante (generalmente provocado por un accidente atmosférico) en que toman conciencia de su existencia y asisten a su propia revelación, al misterio del mundo”. Así es, precisamente, la vida humana: todo se detiene y nos obliga a empezar por el principio. **LPyH**

• **Itzel Olivares Bruno** estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV.

Eslabón cultural

Libro de arte

N. Obed



Héctor Xavier,

El trazo de la línea y los silencios, coords. Angélica Abelleira y Dabi Xavier, ed. Alberto Tovalín Ahumada, Xalapa, UV-Ivec, 2016, 223 pp.

Es eso que los hace y lo mismo las artes
que ellos hacen
y el trabajo que ellos hacen y la manera
en que comen
y la manera en que beben
y la manera en que aprenden y todo.

GERTRUDE STEIN

En el ámbito de las manifestaciones artísticas, el dibujo cumple una función primordial al reflejar a la sociedad en sus diferentes momentos históricos. En México, las primeras enseñanzas del dibujo como disciplina fueron impartidas por diversas instituciones, entre las que destacaron las educativas, repartidas en diferentes estados de la República a partir del siglo XIX; las escuelas militares, que tuvieron papel principal por la introducción de la enseñanza del dibujo como una

técnica para el desarrollo cartográfico e industrial del país; y la primera escuela dedicada a la enseñanza del dibujo con base en programas y métodos, la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos (nombrada después Escuela Nacional de Bellas Artes). Pese a estos avances, el proceso de reconocimiento a la disciplina del dibujo en México se generó con lentitud.

Un nuevo aporte al arte del dibujo es la compilación de las obras presentadas en el libro *Héctor Xavier. El trazo de la línea y los silencios*, el cual “reúne por primera vez los ejemplos de la obra que le darán a Héctor Xavier el lugar que le corresponde en la historia del arte mexicano como un extraordinario dibujante y el único que manejó con más constancia la punta de plata en el México del siglo XX”, tal como señalan en el prólogo las coordinadoras Angélica Abelleira y Dabi Xavier. Igualmente, conjunta un repertorio de textos de las diferentes perspectivas que familiares, amigos y personajes relevantes de la cultura mexicana del siglo XX han tenido respecto del dibujante, como son los casos de Raquel Tibol, Alberto Dallal, Pilar Rioja, Gilberto Aceves Navarro, Felipe Ehrenberg, José Emilio Pacheco y Eduardo Deschamps.

En reconocimiento al mérito de este trabajo editorial colectivo, la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana le otorgó el Premio CANIEM al Arte Editorial en la categoría Arte: ediciones ilustradas de lujo 2017, galardón que la Editorial de la Universidad Veracruzana obtiene por segunda vez consecutiva.

La entrañable comunión entre literatura y dibujo que mantuvo Héctor Xavier se ve reflejada en este libro conmemorativo de su vida y producción artística. La obra se organiza en siete apartados, entre los que sobresalen los testimonios de gente de la danza y

el teatro en “Movimiento”; de artistas plásticos en “Trazos”; de las letras en “Palabras”, y de su gente más allegada en “Cercanía”.

Mención especial merece la calidad de las obras plásticas incluidas a lo largo del libro, que también tienen un apartado específico y abordan diferentes etapas y perspectivas del artista: algunos de sus finísimos dibujos hechos en punta de plata sobre papel realizados en el zoológico de Chapultepec; *Lo silvestre*, una muestra de su serie hecha a base de tintas y papel; así como una selección de dibujos y pinturas referentes a uno de los temas que más le intrigó: la anatomía humana (como lo atestiguan los retratos que creó de distinguidos escritores, bailarines, coreógrafos, así como sus dibujos de desnudos femeninos y masculinos). El volumen constituye la base para posibles investigaciones futuras, al incorporar una selección de la obra plástica del artista y un abundante listado de bibliohemerografía. Con ello, logra realzar el lugar que ocupa el dibujante en el canon mexicano.

Para Héctor Xavier, el dibujo era un lenguaje más del hombre, “la voz del hombre”. Dos términos mantienen una relación constante en su obra: imaginación y movimiento; la relación entre lo dicho por el artista y lo implícito para el espectador. De ahí sus dibujos sobre danza contemporánea, los cuales son una de las aportaciones que introdujo a la técnica plástica de México; otras contribuciones suyas fueron la introducción al uso de la punta de plata y haber sido el iniciador del libro *Bestiario*, que posteriormente se acompañó de los textos del escritor Juan José Arreola.

Los trazos del artista, nacido en la costa norte de Veracruz, son muestra de la conformación de un profesional comprometido consigo mismo, interesado en representar su perspectiva de todo lo que le genera



Casa de caramelos. De la serie *La vida es juego*

ba un interés particular. Un eslabón relevante de la cultura mexicana de la segunda mitad del siglo pasado, que orientó su labor por el camino de la constancia, la disciplina tenaz, y motivado por una búsqueda de temas originados, como él mismo lo expresaba, por una constante inestabilidad emocional.

La inquietud del dibujante tuxpeño Héctor Xavier Hernández y Gallegos fue motivada en un principio por sus caminatas dominicales en la playa: las arenas y las aguas enaltecieron su espíritu marino y vagabundo. Su progreso constante como artista plástico es reflejo de ello. No deben importar ya las razones ni los obstáculos que han impedido las investigaciones sobre su producción artística; como confirma Jaime Labastida: “Yo creo que siendo –y lo pienso así– el mejor dibujante de México, algún museo le debería dedicar una sala donde se rescate lo mejor de su obra”.

Felipe Ehrenberg sintetizó una idea en la que coinciden la mayoría de los autores participantes en la compilación *El trazo de la línea y los silencios*, a saber, que “el veracruzano ha quedado empantanado en la ciénaga del olvido colectivo mexicano”. Entre las razones que mediante la lectura de las páginas de dicha obra pueden encontrarse, está el hecho de que el artista “no supo ser cortésano. como lo eran muchos otros de su generación”, también en palabras de Ehrenberg. A pesar de que tuvo un lazo estrecho con el llamado Grupo de la Ruptura debido a una relación amistosa y profesional, Héctor Xavier supo forjar y mantener su propio trazo, único, que perdurará en la historia cultural del país. **LPyH**

• **N. Obed** es estudiante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas (UV).